

EUROPA 2014: DESAFÍOS DEMOCRÁTICOS Y SOCIALES PARA EL PROYECTO EUROPEO

Puede que hoy no lo parezca, pero la Unión Europea es un logro increíble. Un continente devastado por dos guerras mundiales, deshonrado por el genocidio nazi, desfigurado por las dictaduras fascistas y dividido por los comunistas, se ha reunificado en la paz y la democracia. Su objetivo original –hacer impensable la guerra entre sus miembros– se ha logrado. También ayudó a consolidar la democracia y el Estado de Derecho y a propagar la prosperidad hacia el sur y luego hacia el este. Esa transición relativamente suave ahora la consideramos normal, pero no fue evidente en su momento. A pesar de que se necesitó la intervención estadounidense para poner fin a las guerras en la antigua Yugoslavia hace dos décadas, la paz ha sido asegurada por la atracción de la Unión Europea. Sin la perspectiva de adhesión a la Unión Europea, muchos países podrían haberse salido de pista: mírese a Ucrania... La influencia positiva de la Unión Europea sobre los países candidatos contrasta con las consecuencias catastróficas que la "Guerra contra las drogas" y la laxitud de las leyes de armas en Estados Unidos tiene en su vecindario. Difundir la paz, la prosperidad y la democracia hacia el este y hacia el sur a través de vínculos más estrechos con los países vecinos debe mantenerse como una misión prioritaria de la Unión Europea en las próximas décadas.

El comercio en Europa es también más libre que nunca. Aunque el ex-presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, una vez dijo que era imposible enamorarse del mercado único, los europeos no están de acuerdo: la libre circulación de personas, bienes y servicios dentro de la Unión Europea se considera como su logro más positivo. Como resultado, los europeos están mucho mejor: hay una selección más amplia de productos de mejor relación calidad-precio en las tiendas; el coste de los vuelos dentro de Europa ha caído, y es gracias a la Unión Europea que Ryanair puede volar libremente en cualquier parte de Europa; las tarifas por el uso del teléfono móvil en otro país de la Unión Europea son menos exorbitantes; nuestros impuestos alcanzan más porque los grandes contratos de los gobiernos se han abierto a la licitación competitiva, generando una mejor relación calidad-precio. Para algunos países, incluso, el mercado único de la Unión Europea ha sido una experiencia transformadora: gracias en gran parte a las inversiones extranjeras atraídas por su acceso al mercado de la Unión Europea, la economía de tigre céltico de Irlanda le permitió salir de la pobreza y abrazar la prosperidad en menos de dos décadas.

Libertades que eran inimaginables hace 30 años –que 500 millones de personas puedan desplazarse libremente en toda la Unión Europea– ahora parecen normales. Cuando se les pregunta lo que significa la Unión Europea para ellos personalmente, la respuesta de la mayoría de los europeos es la libertad para viajar, estudiar y trabajar en cualquier lugar de la Unión. Además, la Carta de los Derechos Fundamentales consagra libertades básicas de los europeos, y el lema oficial de la Unión Europea, "Unión en la diversidad", es admirable. En sus mejores momentos, la Unión Europea es un vehículo para la superación de los nacionalismos estrechos y para abrazar sociedades diversas y abiertas.

Conectada por el intercambio económico y los contactos personales, Europa también ha desarrollado una nueva forma de colaboración política, un híbrido entre la cooperación intergubernamental y la existencia de instituciones paneuropeas intensas y complejas, en particular la Comisión Europea, el Parlamento Europeo y el Tribunal de Justicia Europeo. Ninguna otra región en el mundo se acerca a esto. Actuando juntos a través de la Unión



Europea, los europeos también tienen más influencia en el mundo unidos que separados. Su influencia es, por ejemplo, mayor en las negociaciones de acuerdos de comercio e inversión. Incluso las grandes empresas estadounidenses desisten de sus fusiones cuando los guardianes de la Unión Europea creen que estas puedan perjudicar a la competencia en Europa. Si la Unión Europea pudiera desarrollar una política energética común, incluso los matones en el Kremlin tendrían que tomar nota.

Es precisamente porque la Unión Europea es un logro increíble que el mal giro que ha tomado en los últimos años es tan trágico. Aunque la insatisfacción del público con la Unión Europea no sea nada nuevo, el apoyo a la Unión Europea se ha derrumbado desde la crisis. Sólo el 50% de los europeos cree que la Unión Europea es algo positivo. Tres de cada cinco ya no confían en ella. Sólo el 44% están satisfechos con el funcionamiento de la democracia en la Unión Europea. Sólo el 39% piensan que su voz cuenta en la Unión Europea.

El escepticismo respecto a la Unión Europea solía limitarse a Gran Bretaña y a los márgenes de otros países europeos; ahora se ha generalizado. El apoyo a los partidos anti-Unión Europea se ha disparado. Muchos socialistas franceses están desencantados con la Unión Europea. Muchos conservadores británicos quieren que el Reino Unido salga de la Unión Europea. La coalición "liberal-obrera" que gobierna los Países Bajos quiere que Bruselas les devuelva más competencias. Las elecciones al Parlamento Europeo acaban de producir una franja de parlamentarios en contra de la Unión Europea.

Los responsables políticos en Bruselas tienden a pensar que la Unión Europea es simplemente mal entendida. Pero si bien es cierto que los europeos no siempre son conscientes de los beneficios y que los gobiernos nacionales tienen una tendencia a culpar Bruselas por las decisiones difíciles, también lo es que la Unión Europea ha tomado un giro equivocado en los últimos años.

Al igual que los pasajeros de una escalera mecánica ascendente, los europeos durante décadas disfrutaron, aparentemente sin esfuerzo, de una mejoría en los niveles de vida año tras año. Economías en expansión y gastos sociales crecientes han levantado a casi todo el mundo. Cada generación podía aspirar a una vida mucho mejor que la de las anteriores. Sin embargo, en los últimos años, esta escalera de crecimiento se ha roto.

Llevaba ya algún tiempo de poca solidez: desde el cambio de siglo, el crecimiento de la productividad ha sido lento en casi toda Europa, y el de los salarios aún más. Pero la acumulación de deuda proporcionó un impulso artificial, mientras que los precios burbujeantes de la vivienda y los trucos del sector financiero dejaron a la gente ciega a los riesgos.

Luego, la crisis financiera y el pánico en la zona euro arrojaron un palo en el engranaje y la escalera mecánica se puso en marcha atrás... La larga crisis y los posteriores recortes presupuestarios de los gobiernos han puesto de manifiesto el abismo entre los pocos afortunados que continúan prosperando y la mayoría que lucha para sobrevivir. Mucha gente ha quedado tirada - sobre todo los 26 millones de europeos que están sin trabajo, muchos de ellos hace mucho tiempo.

Algunas partes de Europa están en caída libre. En Grecia, donde el ingreso nacional bruto se ha reducido en una cuarta parte, niños buscan en los cubos de basura por restos de comida, mientras que en los hospitales faltan medicamentos. En España, donde más de una de cada cuatro personas está desempleada, el suicidio es ahora la principal causa de muerte después de causas naturales. En Irlanda, donde los precios de la vivienda se han reducido a la mitad, casi uno de cada cinco propietarios de viviendas está en mora en las hipotecas sobre sus casas, mientras el coste para los irlandeses de rescatar a los bancos que han hecho todos los malos préstamos hipotecarios llega a 14.000 EUR por persona. En Italia, más de dos de cada cinco jóvenes están sin trabajo; en Grecia y en España son casi tres de cada cinco.

En toda Europa, 15 millones de personas menores de 30 no están ni en el mundo laboral ni en el de la educación. Una generación perdida está en ciernes. No es de extrañar que los jóvenes europeos tengan aún menos bebés desde la crisis, o que en Portugal alguien emigre cada cuatro minutos...

Afortunadamente, las perspectivas parecen menos sombrías de lo que eran en el 2012, cuando el pánico acechó los mercados y el Euro parecía estar al borde del colapso. Finalmente, la mayoría de las economías europeas están creciendo de nuevo, mientras que los mercados están siendo impulsados por el dinero barato. Pero después de la recesión más larga y profunda desde la Gran Depresión de la década de 1930, e incluso con el apoyo monetario excepcional del Banco Central Europeo, la recuperación a la que estamos asistiendo es la más débil de la historia.

Gran parte de Europa sigue bajo el peso enorme de bancos rotos y deudas aplastantes. La mayor parte de Europa sufre de un récord mínimo de inversiones y un crecimiento débil de la productividad. Toda Europa está envejeciendo rápidamente y, sin la inmigración, la mano de obra en todos los países se encoge.

El futuro también parece sombrío. Destacados economistas hablan de una "nueva normalidad" de permanente bajo crecimiento, un "gran estancamiento" de la innovación e incluso de "el fin del crecimiento" en Occidente. Es cierto que existen muchos indicios preocupantes. La mayor parte de Europa se ha retrasado aún más respecto a los niveles de productividad de Estados Unidos. En este apartado, Alemania se ha portado peor que Grecia, e Italia fue la peor de todos.

El oleoducto de la productividad europea está bloqueado. La creación de nuevos negocios es insuficiente. Las start-ups tienen problemas para despegar. El crecimiento de las pequeñas empresas prometedoras se estanca a menudo. Los negocios establecidos no innovan lo suficiente o no invierten lo suficiente en el crecimiento futuro. Con unas pocas excepciones notables, como Skype, Spotify y Shazam, la revolución de Internet ha pasado al lado de Europa. Los nuevos gigantes de nuestro mundo digital –Google, Apple, Amazon, Facebook, Twitter, LinkedIn, PayPal, eBay– son todos de Estados Unidos. No hay un equivalente europeo de Silicon Valley.

Pero Europa no sólo se retrasa respecto a Estados Unidos: también se enfrenta a cada vez mayor competencia de China, India, Brasil, México, Turquía, Corea y otras economías emergentes, y no sólo en la manufactura de gama más baja, sino también en los sectores de alta tecnología. ¿El principal rival de Apple en smartphones? No la finlandesa Nokia, sino Samsung de Corea. ¿El líder mundial en paneles solares? Ya no Alemania, sino China. ¿El fabricante más grande de Gran Bretaña? Tata, de India.

Tal vez el desastre demográfico no sea un destino inevitable, pero las tendencias demográficas de Europa parecen bastante deprimentes de todos modos. Con la jubilación de los "baby boomers" del posguerra en los próximos 15 años más o menos, la carga sobre las generaciones más pequeñas de los más jóvenes será enorme. En 2010, había cerca de cuatro personas en edad de trabajar por cada persona de 65 años y más; sin migración, habrá menos de dos y media antes del 2030. El reto no sólo es financiero, es práctico: ¿quién cuidará de las masas de jubilados? A medida que la mano de obra se contrae, las economías tendrán que apuntarse a un crecimiento más rápido de la productividad y de la inversión para simplemente mantener el mismo nivel. Pero si es probable que la economía estanque, ¿por qué invertir?

Sin un cambio de las políticas, gran parte de Europa parece caminar hacia un estancamiento al estilo japonés. Un simple cálculo pone esto de manifiesto. El crecimiento de la productividad en la zona Euro promedió 0.9% al año en la última década. Y a menos que podamos conseguir más gente para trabajar, o traer a nuevos inmigrantes, el número de trabajadores de la Unión Europea se reducirá en más de un 0,6% al año durante la próxima década. Así que si cada trabajador produce sólo un 0,9% más cada año y el número de



trabajadores se reduce en aproximadamente el 0,6%, la economía podría crecer menos del 0,3% al año. En efecto, se estancaría y eso es incluso antes de que se tome en cuenta la resistencia creciente resultante de la demanda deprimida.

Los europeos ni siquiera pueden consolarse a sí mismos de que su flácida economía sea cada vez más verde. A pesar de todas las políticas costosas que Europa ha introducido, las emisiones de gases de efecto invernadero procedentes de la generación de electricidad están aumentando en Europa, mientras que en Estados Unidos, a pesar de la falta de acción de los responsables políticos, están cayendo. Como resultado, los precios de la energía son mucho más elevados en Europa que en Estados Unidos, afectando a los consumidores y frenando el crecimiento. Sin una mayor inversión en energía, las luces podrían incluso apagarse.

Deprimidamente, una abrumadora mayoría de los europeos piensa que sus hijos tendrán una vida peor que la suya. Esta negatividad se encuentra tan profundamente arraigada que la gente ya apenas se da cuenta. Mírese cómo los europeos tienden a centrarse en los riesgos percibidos de las nuevas tecnologías en lugar de sus potenciales recompensas. Uno de cada dos piensa que no hay que empezar un negocio si hay un riesgo de fracaso, que inevitablemente existe. La esperanza en un futuro mejor –la creencia de que el progreso es posible– se está desvaneciendo.

Los sufrimientos económicos presentes y el miedo al futuro están también envenenando a la política. Las tensiones sociales dentro de los países se están multiplicando, al igual que las fricciones políticas entre ellos. La ira comprensible ante la injusticia flagrante de los rescates para los banqueros ricos y los recortes presupuestarios para los colegiales pobres se superpone con una valoración despreciable de los extranjeros, en particular los inmigrantes. Los escoceses votarán sobre si se deben separar de Gran Bretaña en septiembre, los catalanes podrían hacer lo mismo respecto a España en noviembre. Los alemanes y los griegos están a la greña. El proyecto que une a los europeos nunca ha sido tan impopular; los británicos pueden incluso votar la salida de su país de la UE. El mayor logro de la Unión Europea, el Euro, aún se percibe, en muchos sitios, como una camisa de fuerza sadomasoquista.

Mucha gente ya no confía en los políticos, en los tecnócratas de la Unión Europea, ni en las élites en general. Parecen capturados por intereses particulares e incapaces de mejorar la suerte de la gente común, y aún más de presentarles una visión convincente de un futuro más brillante. La política se está volviendo desagradable, divisiva e introspectiva, con consecuencias imprevisibles. Lo peor de todo es que muchos están perdiendo la fe en la democracia misma... Este estado de ánimo anti-sistema, en contra de los extranjeros, anti-Unión Europea es un terreno fértil para extremistas y charlatanes. En las últimas elecciones al Parlamento Europeo del mes de mayo, la extrema izquierda ganó en Grecia, un movimiento anti-sistema dirigido por un payaso obtuvo el segundo lugar en Italia, los partidos xenófobos y reaccionarios como el UKIP británico, el Frente Nacional francés y el PVV de Geert Wilders en Holanda tuvieron resultados excepcionalmente buenos. Todos ellos pregonan un retorno a un pasado imaginario en el que el mundo parecía menos amenazador y Europa era menos abierta, menos diversa y todo el mundo conocía su lugar.

La campaña electoral debía haber puesto en marcha un gran debate sobre el futuro de Europa. ¿Cómo curar las heridas de la crisis financiera? Mientras la economía de Estados Unidos se recupera y Asia se levanta, ¿cómo podemos revitalizar nuestras economías en dificultades y hacer que la gente vuelva a trabajar? ¿Por qué nuestros costosos esfuerzos para combatir el cambio climático hacen tan poca diferencia a nivel mundial? ¿Cómo va Europa a suplir sus futuras necesidades energéticas? ¿Cómo se puede frenar el ascenso de la extrema derecha? ¿Cómo se puede restaurar el apoyo a la Unión Europea?

Sin embargo, casi no hubo debate en absoluto. En parte, esto se debe a la idea errónea de que el Parlamento Europeo no tiene importancia. Pero el mayor problema es que vivimos en una era de gestión tecnocrática en lugar de liderazgo político, de opciones políticas estrechas, de horizontes cortos y ambiciones limitadas. Rodeados por los intereses particulares y

carentes de grandes ideas, la mayoría de los políticos tratan de adaptarse en vez de sacudir las cosas. Se disculpan, justifican y balbucean, en lugar de pintar un cuadro convincente de un futuro más brillante y luchar para lograrlo. No es de extrañar que los votantes se sientan poco inspirados...

El problema es particularmente agudo en la zona euro, donde los partidos de centro-izquierda no han logrado desafiar el consenso político viciado. Aceptaron el argumento de que los bancos deben ser rescatados por los contribuyentes y que las deudas insostenibles no deben ser reestructuradas, privilegiando, en efecto, los intereses de los bancos sobre los de los ciudadanos. Apoyaron a las demandas equivocadas de la Señora Merkel de austeridad y de recortes salariales masivos, causando recesiones innecesariamente profundas y la desestabilización perversa de las finanzas públicas. Y se apuntaron a una centralización duradera de competencias fiscales en Bruselas que es económicamente peligrosa y políticamente venenosa, así como a un tratado de pacto fiscal que ata las manos de los gobiernos a nivel nacional sin que al mismo tiempo se implemente una gobernanza económica europea adecuada. Peor aún, algunos políticos de centro-izquierda, incluso parecen creer en estas medidas... Por falta de alternativas sensatas, los votantes que no están de acuerdo con las políticas actuales son impulsados a los extremos.

Partidos xenófobos y reaccionarios han fusionado con éxito la oposición a la Unión Europea con la hostilidad hacia la inmigración. Su búsqueda de chivos expiatorios es vil, pero eficaz. Las soluciones que proponen son falsas: parar el mundo, acabar con la diferencia, volver el tiempo atrás; pero su éxito es un síntoma de una enfermedad genuina. Las economías deprimidas de Europa se encuentran estranguladas por los intereses particulares que ahogan la oportunidad y roban el valor creado por otros. Una crisis que podría haber unido a Europa en un esfuerzo conjunto para poner freno a los bancos poderosos que nos metieron en este lío, en cambio ha dividido a la zona euro en países acreedores y los deudores, con los préstamos incobrables de los bancos convirtiéndose en obligaciones intergubernamentales. Las instituciones de la Unión Europea se han convertido en instrumentos que los acreedores utilizan para imponer su voluntad a los deudores. La democracia prácticamente no existe a nivel de la Unión Europea y está enferma al nivel nacional. Nuestras sociedades abiertas –el logro más maravilloso de la Europa del pos-guerra– están en riesgo.

Nuestra economía y nuestra política tienen que cambiar. Tenemos que hacer frente a la crisis bancaria y de la deuda de manera decisiva y equitativa, mediante la reestructuración de los bancos, la cancelación de las deudas excesivas y un impulso a la inversión. En lugar de recortar los salarios en una búsqueda sin sentido de la "competitividad", las reformas deben centrarse en aumentar la productividad. Para crear una prosperidad duradera compartida, tenemos que hacer nuestras economías y sociedades más adaptables, dinámicas y decentes a través de reformas incrementales. Debemos luchar contra el cambio climático de manera eficaz, tasando el consumo de carbono. Tenemos que disipar las malas ideas, como la ilusión de la austeridad, el mito de la "competitividad", la mentalidad de la burbuja y la noción de que las economías son inherentemente estables y predecibles. Tenemos que romper el poder que los intereses particulares –sobre todo del sector financiero– tienen sobre nuestras economías y nuestra política. Necesitamos cambios en las instituciones para que funcionen mejor, y una Unión Europea más abierta, responsable y democrática, con verdaderas alternativas políticas. Y necesitamos sustituir nuestra política, diseñada para una época industrial que ya no existe, por una política más abierta adaptada a la era del Internet.

Se trata de un programa audaz de defensa de los que se encuentran encerrados fuera del sistema, no de la manera nociva, odiosa, que los extremistas populistas utilizan, sino más bien mediante la creación de oportunidades para que todos puedan salir adelante. Las mismas posibilidades de obtener una buena educación y un trabajo digno. El capital para ofrecer a todos los jóvenes un comienzo en la vida. La oportunidad de iniciar su propio negocio y desarrollarlo. El traslado de los impuestos sobre el trabajo y la empresa a las recompensas no devengadas de propiedad de la tierra y la herencia. La capacidad de ahorrar para su jubilación libre de impuestos. Un sistema de pensiones del estado a prueba del futuro. La seguridad que le permite a uno dormir tranquilo por la noche y tomar riesgos durante el



día. Un capitalismo abierto, no el capitalismo de los intereses. La libertad de ser quien quieres ser, vivir la vida que quieres llevar y aun así tener un lugar en la sociedad.

¡Europa tiene desesperadamente que cambiar! ¡Se necesita esperanza, una política del optimismo genuino, una perspectiva de un futuro mejor!

La Unión Europea tiene de volver a convencer a los europeos de sus beneficios. Una recuperación económica y la reducción del desempleo ayudarían sin duda. Pero el problema es más profundo que eso. La cuestión básica es que la Unión Europea no es suficientemente democrática.

Los europeos necesitan tener más voz sobre qué dirección toma la Unión Europea así como el derecho a cambiar de rumbo. Esto requiere una verdadera contienda democrática sobre quién debe ejercer el poder y qué dirección política tomar. Sin embargo, ni las elecciones al Parlamento Europeo, ni la elección del presidente de la Comisión Europea proporciona esta contienda.

El Parlamento ha ganado poderes y, a diferencia de la mayoría de los parlamentos nacionales, no está controlado por un gobierno que pueda azotar una mayoría de sus miembros. Tampoco puede ser disuelto por la Comisión o el Consejo. Tiene por eso el potencial de llegar a ser tan independiente como el Congreso de Estados Unidos... Sin embargo, debido a que muchos votantes no son conscientes de sus nuevos poderes y creen que lo que está en juego son pequeñeces, las elecciones europeas tienden a ser de bajo perfil, asunto de segundo orden: Europa apenas se debate, pocos son lo que se desplazan a votar. Los que lo hacen, a menudo lo ven como una oportunidad para castigar a sus gobiernos nacionales y desahogarse. Pero si la gente supiera que las elecciones europeas podrían producir un verdadero cambio de rumbo, estarían más comprometidos, y la oposición a la austeridad y otras políticas de la Unión Europea no necesitaban transformarse en apoyo a los extremistas y a los sentimientos anti-Unión Europea.

El presidente de la Comisión Europea también puede tener un papel muy importante. Dado que la Comisión tiene el derecho exclusivo de iniciativa legislativa en la Unión Europea, su presidente podría fijar la agenda política de Europa, al igual que hizo Jacques Delors. La elección del Señor Juncker por el Parlamento Europeo, a raíz de la designación de los llamados "Spitzenkandidaten" por los principales partidos políticos europeos, es un paso positivo hacia adelante; pero la selección del Presidente de la Comisión tiene que convertirse en una batalla verdaderamente abierta y competitiva entre políticos con agendas políticas rivales para su mandato en el cargo, en lugar de una especie de cónclave de cardenales.

Debido a que no haya un debate democrático abierto sobre cuál debe ser la dirección política de Europa, la Comisión no dispone de un mandato adecuado para lo que sea que trate de hacer. Eso hace que sea más fácil para los intereses particulares bloquear lo que propone, lo que resulta en la parálisis. Peor aún, cuando llega a tener algo hecho, la gente siente como si se hubiera impuesto sobre ellos y los que se oponen o sufren, como resultado, a menudo no aceptan las decisiones como legítimas. Si los europeos sienten que no tienen ni voz ni voto en la conformación de lo que hace la Unión Europea y se les dice que, en cualquier caso, no hay alternativa a las políticas actuales, no es de extrañar que cada vez más rechacen la Unión Europea y se vuelvan, a la vez, hacia los charlatanes y populistas que trafican falsas soluciones y quieren tirar la casa abajo.

Los euroescépticos argumentan que debido a que la Unión Europea no es suficientemente democrática, los poderes deben ser devueltos a los Estados miembros, es decir, que su país pueda abandonar la Unión Europea. Los Federalistas, como yo, responden que la Unión Europea tiene que convertirse en un estado federal.

Algunos argumentarán que la Unión Europea no está preparada para dar un salto democrático hacia adelante. Pero eso no es lo que piensan los votantes. De hecho, el 70% de los europeos apoya una reforma aún más ambiciosa: la elección directa del presidente de la

Comisión Europea en un futuro próximo; las estadísticas muestran que hay una gran mayoría a favor de esta idea en todos los estados miembros de la Unión Europea.

Los críticos objetarán que la politización de la Unión Europea significaría un cambio profundo en su naturaleza: la Comisión ya no sería oficialmente apolítica, y las decisiones del Consejo serían contestadas de manera más abierta, y abiertamente política. Pero la Comisión ya es un órgano político. A pesar de que los miembros de la Comisión tienen el deber de "ser completamente independientes en el ejercicio de sus funciones", tienden a representar las posiciones nacionales y/o las de su partido político. Las decisiones del Consejo son también ellas claramente políticas. La dirección de las políticas adoptadas durante la crisis –la austeridad y las reformas estructurales centradas en la competitividad– fue una decisión política. Lejos de transformar un sistema imparcial en un sistema político, la inyección de apertura, responsabilidad y alternativas en el sistema, significaría reconocer su naturaleza política, hacerlo más democrático y, por lo tanto, más eficaz y más legítimo.

Permítanme resumir: el malestar actual tiene sus raíces en el hecho de que tenemos una Europa sin europeos. ¡Lo que hace falta es una Europa de los ciudadanos!

La crisis del euro ha despojado la Europa neoliberal de legitimidad, y el resultado es una asimetría de poder y legitimidad: hay un exceso de poder y una escasez de legitimidad en el lado del capital y de los estados, y una escasez de poder y mucha legitimidad en el lado de los ciudadanos.

Se trata de un desequilibrio que el Movimiento Europeo debería usar para apoyar a sus demandas básicas –por ejemplo, la de una tasa europea sobre las transacciones financieras– en el interés propio de los Estados nacionales, en contra de su propia estrechez de visión, y a favor de Europa. Una alianza ejemplar, legítima y poderosa entre los ciudadanos y la «avant-garde» de Europa sería capaz de provocar el salto cuántico político hacia un mundo en el que los actores estatales pasarían a actuar transnacionalmente dentro y fuera de las fronteras nacionales.

Muchas gracias.